

LOS SUPERARABES

«Todos han querido marginarnos. Hasta hace unos años nos golpeaban y nos metían en la cárcel si hablábamos demasiado alto. Ahora fingen estar de nuestra parte, en cuerpo y alma. Pero todos ellos estarían dispuestos a hacer las paces con Israel; en ese caso, las masas árabes derrocarían inmediatamente a unos gobiernos capaces de sacrificar a los hermanos palestinos al sionismo...».

UN avión de reconocimiento israelita vuela sobre las plomizas aguas del mar Muerto; la puesta del sol se refleja en él con un resplandor firme, como una mancha de aceite. Ahora el avión sobrevuela territorio jordano, y empieza a oírse la defensa antiaérea. «Vuela altísimo —dice el "feddayin" que me acompaña— y no le darán; pero a él no se le escapa ningún movimiento de los que se producen aquí abajo».

El reconocimiento es breve: tan pronto como el avión entra otra vez en territorio israelí, las baterías de enfrente entran en acción; nos tiramos al suelo, entre los surcos de un campo de tomates. Estamos rodeados de «feddayin» y soldados del ejército saudita. El martilleo dura pocos minutos; luego nos levantamos, examinamos los hoyos recién abiertos, las nubes de humo.

También sobre la orilla opuesta de la extremidad meridional del mar Muerto vemos columnas de humo: son las chimeneas de la Palestine Potash Limited, la planta israelí dedicada a la producción de potasa que los «feddayin» han atacado una y otra vez durante los últimos días.

Hace bochorno y huele a flores silvestres. Estamos en Ghor Safi; «ghor» es un terreno entre el agua y el monte, «safi» significa «la pura». Ghor Safi es un fértil oasis situado frente a Sodoma, zona donde están ubicadas las plantas de potasa y fosfato israelitas.

Cuando se pone el sol, empiezan a encenderse las luces de los «kibbutz» de enfrente. Los objetivos de la operación de castigo israelita son bastante evidentes. Los israelitas están tratando de proteger ciertas plantas que trabajan para la exportación y que son esenciales para la economía nacional en un momento en que el país tiene acuciante necesidad de divisas; han intentado aniquilar las bases de los «feddayin» en los montes opuestos; no han perdido la ocasión de recordarle al Rey Hussein que le consideran responsable de cualquier acción hostil iniciada en territorio jordano. Probablemente el único objetivo que hayan conseguido sea el de hacer todavía más difícil la posición del monarca hachemita,

la mitad de cuyos súbditos, dos millones y medio en total, son prófugos palestinos, con su ejército de aproximadamente 15.000 guerrilleros ciertamente más fuerte que el jordano, el cual tampoco es fiel en un 100 por ciento.

Pero Hussein no estaba

Jordanía, al igual que el Líbano, se encuentra entre el martillo israelita y el yunque irredentista. En la vecina Karak, ciudadela situada en una pequeña altiplanicie rodeada de barrancos, hay una base de «feddayin». Nos quedamos en uno de sus pequeños cuarteles. Pasan de mano en mano cajetillas de cigarrillos y vasos con un té de color rojizo y muy dulce. Dos «feddayin» que han participado en la batalla de estos últimos días me cuentan cómo fue. Hace de intérprete un coronel médico de Arabia Saudita que se licenció en Lausana y que ha vivido siete años en Suiza. La atmósfera es de auténtico júbilo: los «feddayin» juran haber herido con un obús de mortero al propio Moshe Dayan, que llegó en helicóptero al lugar de la batalla. La prensa israelita ha desmentido el rumor: dice que el ministro de Defensa se fracturó un pie al saltar del prototipo del primer helicóptero de fabricación israelita —el «Commander»— para socorrer a un piloto que había tenido que lanzarse en paracaídas. El hecho de que Yasser Arafat, dirigente de Al Fatah, haya confirmado, en una entrevista concedida al periódico calrota «Al Akhbar», la versión de los comandos, indica qué importancia psicológica concede el movimiento de liberación palestina a esta batalla que los israelitas, por el contrario, parecen considerar como una escaramuza. Probablemente el éxito local sirva para compensar el efecto deprimente de las continuas acciones israelitas: el bombardeo a 20 kilómetros de El Cairo, el del Líbano, la ocupación de la isla Shadwan.

En un frío dormitorio, sentado encima de unas cuantas mantas de colores, con un fusil automático «Port Said» entre las rodillas, nos habla Abu Kassem, joven atlético, el clásico héroe romántico de las

películas egipcias de capa y espada:

—A las once y media de la noche del diecinueve de enero —dice— atacué, en unión de treinta y cinco «feddayin» armados con cañones de ciento seis milímetros, fusiles automáticos y «bazookas» Rpg, el «kibbutz» Naout Hatika, que fue construido en mil novecientos cuarenta y ocho y que es una auténtica fortaleza; el ataque duró trece horas, y, cuando nos retiramos, grandes incendios hacían estragos en el campamento fortificado.

A continuación toma la palabra Salim Abu Ali, que dirigió el ataque a la fábrica de potasa de Azdum:

—Fue una estratagema —nos dice—; sabíamos que los israelitas contestarían penetrando en territorio jordano, donde los esperaban nuestras fuerzas. Dejamos que penetrasen unos quince kilómetros, luego atacamos de nuevo la fábrica de Azdum: si no ha quedado completamente paralizada, estoy seguro que casi lo está. Atravesada la línea del armisticio tras un violento ataque de su artillería, las fuerzas israelitas se colocan entre Ghor Safi y Ghor Kifa. Eran cuarenta carros armados «Patton» y «Centurion» y veinticinco vehículos blindados, entre ellos «jeeps» acorazados llenos de soldados; unos ochocientos hombres habrán participado en la operación. En Ghor Safi teníamos cañones de ciento seis milímetros, morteros de ciento veinte y ochenta y dos, y unos cuantos «bazookas» Rpg; participaron un total de ciento treinta «feddayin». En Ghor Kifa había treinta y cinco «feddayin» con Rpg y lanzacohetes. Los cañones de Ghor Safi empezaron a disparar sobre los israelitas; los «feddayin» penetraron con sus Rpg entre las líneas israelitas y destruyeron tres carros armados. En este momento, los israelitas empezaron a retirarse en desorden bajo el fuego de los cañones de ciento seis. La retirada fue desastrosa, porque una mina hizo saltar un gran «jeep» blindado, obstaculizando así la fuga de los que seguían; por otro lado, los «feddayin» procedentes de Azdum atacaron a su vez a los fugitivos. Si no hubiese intervenido la aviación, los israelitas habrían pe-

recido todos; gracias a ella, sin embargo, sólo tuvieron una treintena de bajas.

Al parecer, sólo hubo ocho víctimas entre los «feddayin».

Pregunto a los «feddayin» si a su lado y junto a los artilleros sauditas intervinieron igualmente unidades jordanas. Se echan a reír. «Las fuerzas jordanas —me contestan— sólo combatieron en los periódicos de Amman: el Rey Hussein aseguró haber dirigido personalmente las operaciones, se hizo fotografías vestido con el uniforme de combate, pero nadie dice haberle visto en las orillas del mar Muerto».

Mientras atravesamos 110 kilómetros de desierto jordano, la radio del auto de los «feddayin» transmite continuamente jubilosos informes de la batalla, entremezclados con monótonos coros marciales: una conocida canción inglesa, «Congratulations», interpretada por Cliff Richard, es dedicada a los «feddayin», se oye la historia de un guerrillero que, herido en un brazo, persuade a un compañero para que se lo arranque, pero que con el que le queda consigue matar a tres israelitas, etc. El efecto es hipnótico, obsesivo. A lo largo de la carretera se ven beduinos que hacen «auto-stop» con un gesto sobrio, lleno de dignidad, harapientas figuras en torno a los fuegos de los raros campamentos.

No se fían de nadie

Conforme nos acercamos a Amman, las barreras de control se hacen cada vez más numerosas. Los comandos y los militares jordanos intercambian el saludo ritual «Allah», pero las formalidades de control se realizan con cierta aspereza. Los «feddayin» desprecian a los guardias jordanos, con sus uniformes, extraña combinación de los «bobbies» ingleses y los trajes típicos beduinos. Y los jordanos insisten en sus controles más que nada para demostrar que ellos, los palestinos, no son más que huéspedes dentro del reino hachemita, y no un estado dentro del estado.

El oficial de Al Fatah que me acompaña blasfema contra Hussein y todavía con mayor violencia

Por Francesco Russo, desde Jordania

contra el gobierno libanés, cuya policía, dice, le sometió a tortura eléctrica por haber participado en una manifestación, como prófugo palestino, en Sadia. Le pregunto que de qué gobierno árabe se fia.

—De ninguno —me contesta con rabia—, todos han querido marginarnos. Hasta hace unos años nos golpeaban y nos metían en la cárcel si hablábamos demasiado alto; no sólo Hussein y los libaneses, sino también Nasser. Ahora fingien estar de nuestra parte, en cuerpo y alma; pero todos ellos, y Nasser el primero, estarían dispuestos a hacer las paces con Israel, sólo que las masas árabes derrocarían inmediatamente a unos gobiernos capaces de sacrificar a los hermanos palestinos al sionismo... Nos acusan a nosotros, los de Al Fatah, de no tener una ideología social —continúa el joven oficial—. Pero, ¿cómo vamos a poder tener ideologías sociales si no tenemos un país nuestro? Nos acusan de querer apoderarnos de Jordania. Pero, ¿qué íbamos a hacer de este pedregal? Nosotros queremos nuestra verde y fértil Palestina, nada más.

Una noche gélida cubre montañas arrugadas, valles pedregosos.

El joven me explica el objetivo de Al Fatah: una Palestina multinacional, donde todos pueden vivir con iguales derechos civiles y políticos.

—No estamos contra los hebreos como pueblo, estamos contra el estado de Israel, que es confesional, segregacionista, una especie de Sudáfrica en el Oriente Medio.

Los políticos occidentales que discuten de las dos fronteras de Israel, que esperan asegurar la paz mediante la restitución de los territorios conquistados por Israel en el sesenta y siete, que desean una constitución federal de Israel, no han comprendido bien que existe una nación palestina decidida a reconquistar la patria de la que fue expulsada, una nación que cuenta con el apoyo de todo el mundo árabe, desde el Atlántico hasta el golfo Pérsico.

En efecto, la esperanza israelita de que los hijos de los prófugos palestinos del 48-49 fuesen una generación sin patria se ha revelado sin fundamento alguno: los irredentistas palestinos más intransigentes son precisamente los que nunca vieron Palestina con sus propios ojos. Habib Burgulba dijo en cierta ocasión: «Los hebreos han recordado a Palestina durante dos mil años. ¿Cómo pretender que los palestinos la olviden en sólo veinte años?».

Nasser dijo hace unos días al laborista inglés George Brown: «Yo por la paz puedo dar hasta mi camisa, pero no puedo dar lo que no me pertenece: las tierras de los palestinos». Para los israelitas, las afirmaciones del líder tunecino y del egipcio quizá no sean más que pura retórica, pero en Occidente se está difundiendo la convicción de que ningún gobierno árabe, ya sea socialista o reaccionario, puede disociarse de la causa palestina sin peligro de caer al día siguiente.

Después del golpe de estado en Libia, americanos e ingleses se han

dado cuenta de que la política de castigo israelí pone en peligro a los regímenes pro-occidentales del Oriente Medio, y en primer lugar a los del Líbano, Jordania, Arabia Saudita, los emiratos del golfo Pérsico y la estabilidad de toda la zona. En una situación de ese tipo, americanos e ingleses piensan inmediatamente en el peligro soviético, y la defensa del «statu quo» adquiere prioridad absoluta. Pero, ¿es concebible mantener el equilibrio del mundo árabe cuando el Medio Oriente ha entrado en una fase de reacciones en cadena capaces de derrumbar todo el edificio construido por la diplomacia angloamericana?».

La fuga de los capitales

Pregunto a un abogado palestino establecido en Beirut y que trabaja para Al Fatah:

—¿No cree usted que la resistencia palestina es utópica, desesperada?».

—En absoluto —contesta—. Israel no puede sobrevivir económicamente, rodeada de países hostiles, con una economía de guerra; ya está declinando la inmigración a Israel, ya han solicitado permiso para emigrar a los Estados Unidos millares de israelitas, y la fuga de capitales de Israel es continua, al ritmo de un millón de dólares diarios. Es verdad que Israel cuenta con la ayuda de todas las comunidades hebreas del mundo, que en mil novecientos sesenta y nueve recibió ayuda por valor de ciento

sesenta y nueve millones de dólares, ciento treinta de los cuales procedían de los Estados Unidos; es verdad que también las economías de los países que rodean a Israel están en crisis, pero ¿qué les importa a los «feddayin»? Ellos no tienen nada que perder si no son sus tiendas. No se detendrán por consideración hacia los banqueros, los hoteleros libaneses o los jefes anglófilos del Rey Hussein.

¿Quién financia el movimiento de liberación palestino, cuya columna vertebral es Al Fatah? Todos los gobiernos árabes, pero en particular los más ricos en petróleo, como Kuwait y Arabia Saudita. Rusia, interesada también en el «statu quo», no presta demasiada asistencia; más solidaria se muestra China. Pero Al Fatah ha sabido multiplicar sus patronos de tal forma que no tiene que depender de ninguno en particular: se aprovecha de los gobiernos árabes, especialmente de todos aquellos con la conciencia menos limpia, pero no se deja explotar por ninguno de ellos. Al Fatah ha sido objeto de notables presiones, apoyadas por fuertes ofertas financieras, para que se aviniese a cooperar en la búsqueda de soluciones diplomáticas internacionales y humanitarias del problema palestino: Al Fatah siempre ha rechazado tales soluciones, fiel a la conciencia nacional, a la exigencia de dignidad de esos prófugos palestinos que hace años, en sus gélidos campamentos, tenían que quemar las mantas que les regalaban las agencias internacionales para poder calentarse.



La esperanza israelita de que los hijos de los prófugos palestinos de 1948 fuesen una generación sin patria ha fallado. Los irredentistas palestinos más radicales son los que nunca vieron Palestina con sus propios ojos... De ellos se nutren, en buena parte, las filas de Al Fatah.